

Temblores para una República

Juanma Velasco


Del autor: Juanma Velasco
Email: velascojuanma@yahoo.es
 @juanmavelasco1

Imagen de portada: Jardín de Invierno del hotel Palace, Madrid
Editorial: Fenixly Ediciones

Primera edición, abril de 2015

Ninguna parte de esta publicación, incluida la portada, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse de ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la previa autorización.

ISBN-978-84-606-6757-5
Depósito legal: CS - 105 -2015
Impresión: Llar Digital (Castelló)

*A Fina, a Asun, porque sin sus ojos certeros, su altruismo sin
contraprestaciones, sin sus manos generosas, mi escritura y yo
seríamos vulgares como tantas, como tantos.*

Juanma Velasco

Los reyes, mejor en las barajas

(Anónimo)

¿Por qué República? Porque ninguna sangre debe estar por encima de otra. Eso es, precisamente, lo que alienta la monarquía, la prevalencia de la estirpe frente al igualitarismo del sufragio.

(Roland de Levallois)

Martina

Cuando tu cama se acaba convirtiendo en tu oficina, es que el sexo ya no parece capaz de propagarse bajo ningún viento. El pensamiento le sobrevino con el crujir de uno de los folios desparramados por su cama-oficina cuando fue rozado por un ligero reacomodo de su cuerpo.

Le resultó extraño que se le presentaran fugacidades de ese estilo.

Maquinalmente fijó su atención en la hora y se exigió basta en un primer sobresalto. Transcurridos los segundos suficientes para que la reflexión sustituyese a la precipitación en la toma de decisiones, se concedió diez minutos más de trabajo antes de apagar la luz de aquella noche que ya había progresado a madrugada.

Pese a tener una dependencia confesada hacia su IGlobe, Martina gustaba de anotar todavía en folios algunos resultados de sus procesos mentales. Aunque casi nadie utilizaba el papel para escribir en aquel 2020, ella se estructuraba mejor con esa práctica. No se consideraba una antigua, etiqueta con la que algunos de sus colegas conseguían despertarle las dudas cuando unificaban criterios en algún congreso de su ramo.

La media docena de folios que su caligrafía homicida había rellenado en las casi tres horas que llevaba recostada sobre su al-

mohada de bisagra, se esparcían por el lado desértico de la cama, espacio que hasta hace tres años ocupara Olivier durante doce. Una sección de cama que Olivier no hizo uso de una manera regular, puesto que sus viajes de trabajo y su querencia a pieles más suaves, casi desde el principio, le habían apartado de aquel lecho más, muchas más noches de las necesarias para la buena circulación de la savia de un matrimonio que tenía las olas contadas desde la firma.

Aquella porción de lecho no había vuelto a tener una titularidad fija desde entonces. Y desde hacía algo más de un año, ni siquiera esporádica. El último ocupante se llamaba Robert. Fue sueco, tan fofo como grande, apenas si recordaba sus rasgos faciales.

Extrañamente no había colonizado aquella mitad de la cama después de la marcha definitiva de Olivier y seguía habitando el mismo hemisferio que de casada, quizá por ese instinto de autoprotección que desarrolló cuando las facturas de la luz comenzaron a venir únicamente a su nombre.

Aquel invierno sexual permanente la había vuelto prácticamente antártica de emociones por debajo de la cintura. Precisamente a ella, a la que le emergía un volcán en cada célula cuando alguien la besaba en alguno de sus innumerables oasis sin desiertos alrededor, cuando le procuraban una caricia selvática en alguna de sus lianas que pendían de cualquiera de sus árboles de la vida. Una vida que si bien no sentía todavía languidecer, sí percibía que había perdido su verdor de clorofila incandescente.

Su única relación con el sexo la constituían sus pipas, así se aludía coloquialmente a la masturbación en italiano referida a los dos géneros.

Martina adoptó la práctica y el nombre por parecerle, ambos, asépticos, no vinculante la primera y simpático el segundo, desprovisto de connotaciones oscuras. El término masturbarse lo

asociaba, desde pasada la adolescencia, con la amargura de los solitarios, mientras que el de pipa la ligaba con un divertimento desprovisto de connotaciones sórdidas.

Se las administraba sin apenas ritual, de una manera mecánica, apresurada, puramente nutricional, sin adicción pero con una relativa frecuencia, procurándose llegar por física de fricción, por biología sensitiva más que por sensualidad, por reconocerse, por dedicarse, para gustarse.

La mayoría de las veces no se despojaba siquiera de sus braguitas, les rogaba con sus dedos que se hicieran a un lado, los orientaba a su clítoris y sin que transcurrieran habitualmente más de dos minutos, contraía sus músculos pélvicos, apretujaba sus piernas contra sí, arqueaba sus labios superiores, carnosos desde que tenía uso de besar, y entornaba los ojos si es que no los tenía cerrados de inicio. Un bufido con sordina constituía todo el cortejo acústico a su culminación, rara vez profería un grito sinfónico.

No se acompañaba para su ejercicio de ninguna visualización masculina, ya no. Nunca fue de mitos carnales inasequibles y sus ojos no se entretenían, desde no recordaba cuánto, en topografiar a ningún macho que la pudiera predisponer de nuevo a combatir piel a piel. Sin embargo, no le faltaban merodeadores que aguardaban a que su cuerpo alargado pero breve todavía, presentara alguna evidencia de hambre y permitiera el acceso a algún carroñero. Reparaba en ellos, sí. No en vano, el favoritismo de la genética para con ella, la hizo merecedora de interminables secuencias de miradas ajenas y dominaba, también, ese lenguaje. Pero Martina esquivaba trampas y tramperos con una naturalidad elegantemente fría, como si hubiera sido asexual de nacimiento.

La cumbre internacional con los rusos daba comienzo pasado mañana y Martina no quería descuidar ningún aspecto. Su afán implacable de perfeccionismo la hacía cubrir porsiacasos impro-

pios de sus necesidades como intérprete. Sin duda ayudaba a la prolongación de su vigilia laboral de aquella noche la entrevista preparatoria de la cumbre. Programada para mañana a las doce con el secretario personal del presidente, quizá asistiera también este último durante unos minutos para seguir familiarizándose con una Martina designada para el puesto después de haber saltado todos los obstáculos del recorrido sin un solo roce en ninguno.

Su trabajo era el único entusiasmo al que sus cuarenta y siete años de antigüedad no había erosionado la vendimia del tiempo. Y como su autoestima profesional recibió una dosis de adrenalina cuando fue elegida, no hacía ni tres meses, por el nuevo presidente de la República de España, como su intérprete particular, quería hacerse merecedora de aquella decisión exigiéndose todavía más profesionalidad de la que ya atesoraba.

La designación comportaba también, que ella, además de traducir en primera persona, debía ocuparse de contratar a aquellos profesionales que el presidente necesitase para cada ocasión. Poco menos que una locura de trabajo.

Antigua no, pero enferma sí, se decía de tanto en tanto para aplacarse ese exceso de celo que la hacía vivir en intérprete veinticinco de las veinticuatro horas de cada día.

Pero en este momento de su existencia no pretendía curarse, ni siquiera medicarse para paliarse. Esa enfermedad la hacía, paradójicamente, sentirse saludable, y una atenuación de su trabajofilia la llevaría a reencontrarse con su energía oscura y no se sentía preparada aún para entresacar de ella algún alter ego respondón que seguramente le exigiría que se volviera a enamorar, primero de sí misma.

Los diez minutos se habían multiplicado por dos, casi ya por tres. Su capacidad para leer y escribir el ruso era equiparable con la que tenía para el castellano y el inglés. En su escaparate de idiomas seguían a este terceto de sobresalientes un francés exquisito,

un alemán ortodoxo y un árabe más que solvente para entenderse oralmente en cualquier foro (su nivel escrito no ofrecía la misma seguridad). Tonteaba, con una dignidad que otros hubieran hecho pasar por erudición, con el serbio y el ucraniano, por la cercanía fonética con el ruso. Tampoco le eran desconocidos, pese a su catalogación como lenguas imposibles, el búlgaro y el mongol, también cirílicos ambos, si bien podía considerarse como anécdota su manejo y nunca los exhibía en su currículum. Pese a no utilizarlo a diario, algunos de sus pensamientos los articulaba todavía en catalán, su lengua vernácula.

Desde que en 2016, Catalunya se constituyera como estado independiente, la necesidad de intérpretes que manejaran el catalán junto a las otras lenguas en las que se desenvolvía el planeta, se había disparado por la perentoriedad de integrar al nuevo país en las estructuras administrativas de Europa y del mundo. Sin embargo, Martina, salvo excepciones, rehusaba los trabajos que le ofrecían con el coprotagonismo de esa lengua. Y si bien no podía diagnosticarse con precisión las causas íntimas de este rechazo, suponía que en buena medida se debía a su voluntad subconsciente de no adulterar los recuerdos de pan con mantequilla de su infancia mediante la inclusión de una terminología adulta, sesuda y aburrida, que en esencia eso era traducir para unos pocos hombres y mujeres que gestionaban a los restantes.

Cuando los caracteres cirílicos de su IGlobe comenzaron a focalizarse en su entrecejo, treinta y cinco minutos después de que se concediera la prórroga incontestable de diez, supo que era momento de oscurecer la conexión con el mundo, de recoger las hojas, de deponer al cirílico como alfabeto, de desenrollar su almohada, de apagar la luz y de facilitarse el sueño mediante su última pipa de la jornada, de su larga jornada.

Dos minutos y un respingo más tarde, con sus braguitas relocaladas, los ojos de Martina se cerraron de nuevo, esta vez defi-

nitivamente hasta las siete y treinta y dos. Le solían bastar cinco horas para reparar las estelas visibles de su cansancio.

Las invisibles sedimentaban silenciosas en un proceso insoportable conocido como envejecer.

Marcelino y Rafael

—Dos más, Amaro. Sírvenos dos más.

El destinatario de uno de los dos Macallan solicitados que no era Marcelino Sáez de Miranda y Quintana Lacaci, le hizo una señal de negación al camarero, que él pasaba de esta ronda, que todavía mediaba su vaso el tercer whisky y ya sentía su lengua bastante suelta como para acabar de descoserla.

Además, coincidía que mañana era el viernes último de aquel mayo ya enérgico de Sol, y en su calidad de general en jefe de la BRIAC XII acudía a la preceptiva Junta de generales que con carácter mensual tenía lugar en el Palacio de Buenavista de Madrid, sede del Cuartel general del Ejército de Tierra. A las ocho. Con puntualidad militar. Sancionada económicamente si se incumplía.

—Coño, Rafael, los de las promociones actuales no aguantáis nada. Sírveme el mío, Amaro —reiteró—. Y bien cumplido.

El viejo general retirado apuró el contenido de su vaso y apremió a Amaro, a quien nunca le preguntó si el suyo era nombre o apellido, para que le repusiera el líquido sin demorarse. Esta vez con ademanes que intentaba marciales, imperativos, propios de quien algún día mandó demasiado sobre demasiados; pero que le salían desacompañados, víctimas de una degradación fisiológica prematura y de un temblor que le debía conceder un alcoholismo

que no enmascaraba su pretensión de dandi de otro siglo, casi de otra dimensión de la Historia.

Marcelino Sáez de Miranda y Quintana Lacaci tenía los blasones suficientes en sus apellidos como para estar destinado al generalato sin necesidad de que se planteara de niño qué quería ser de mayor. Siguiendo el credo familiar llegó al grado de general con la naturalidad de los elegidos, tempranamente, por el itinerario fácil de los predestinados. Aunque el rango sólo le concedió, en sus años de ejercicio, poder y disciplina. Ni atisbo de educación ni de afabilidad con un prójimo al que siempre, casi sin excepciones, tendió a considerar inferior.

A sus setenta y tres años, alejado de este mundo y de su línea editorial en materia de moda para ancianos amargados, vestía como un personaje de episodio nacional. Conservaba la expresión impaciente y egregia de quien ha sido responsable de muchas decisiones y de alguna que otra vida. Por el tono que empleaba parecía que, en lugar de conversar, firmara tres sentencias de muerte en cada párrafo.

Terno gris marengo impoluto de arrugas y pañuelo canela en el bolsillo de la chaqueta. El quince de cada mayo mandaba colgar sus chalecos en su armario de invierno y se ponía “a cuerpo”, como solía referir a aquella ligereza de su indumentaria. Reloj de cadena y pañuelo, blanco éste, bordado con sus cinco iniciales, que utilizaba para retirarse las albondiguillas que le florecían a menudo de una nariz que ocupaba una superficie insolente de su cara. Todavía se hacía abrillantar los zapatos por uno de los dos últimos limpiabotas profesionales de Madrid.

Los últimos jueves de mes que no caían en festivo, ambos generales se encontraban allí. Rafael le debía a Marcelino más de un ascenso en su época de rangos primerizos y el sentido del agradecimiento del todavía en activo le llevaba hasta aquel salón, igual de desmejorado que Sáez de Miranda, del Casino Militar de

Madrid, uno de esos centros gremiales donde los jubilados desgranaban sus vidas contando batallitas. En aquél, contando batallitas literales.

—No es por no aguantar. Ya sabe que los militares de rango soportamos cualquier adversidad, incluidos los placeres. Sólo que quiero que mi cabeza me duela lo justo en la Junta de mañana.

Le replicó con la contención de los pacientes hacia sus mayores, pero en su interior Rafael Tornero y Martínez de Quesada hubiera desenvainado el sable de la intransigencia y mandado callar a aquel vejestorio que mejor estaría en alguno de los sótanos del Museo de Cera, aunque aquella estancia que los acogía oliera también a arrugado. Las arañas vetustas, los sillones, incómodos, de polipiel, un óleo estruendoso del fallecido Juan Carlos I y Sofía, bustos del antiguo rey, concedían al salón principal de aquel Casino parecida estética apolillada que los figurantes que lo solían ocupar.

—Mañana, mañana, mañana. Si es necesario no se duerme, Rafael. Cuántas noches habré pasado en blanco, por la llamada del deber o del placer. Y todas, sin excepción, he cumplido con mis cometidos al día siguiente. Mañana está tan lejos estando tan cerca... No me extraña que con lactantes como tú y los de tus quintas, Cataluña y las Vascongadas se salieran de España sin que los españoles pegarais un solo tiro para impedirlo.

Se le fue enconando la voz, aquella voz antigua y esquinada, a medida que desbrozaba la parrafada. Tiro casi le salió ya como onomatopeya. La carótida se le puso como de helio y de haber tenido fuerzas y hombres hubiera tomado de inmediato el Congreso de lo que quedaba de esta España roja y libertina, suprimido las garantías democráticas y enviado a los Leopard sobre los dos territorios secesionistas.

—General —Rafael adoptó el tono casi extinguido de las arenas de peluche—. Me jodió tanto como a usted que Cataluña, con

eñe, porque con eñe la pronunciaré hasta que me muera, y esas Vascongadas, como usted las alude, acabaran saliéndose de España. Pero sabe lo que me jode más todavía, que no sólo sobrevivan como naciones, sino que les vaya bien, incluso mejor que a esta España que curiosamente, y sólo lo reconozco en ambientes privados, le ha ido mejor desde que no la gobiernan los que creíamos nuestros y desde que ya no está tan unida como la pretendían.

—Mariconadas Tornero, mariconadas dialécticas. A España le va bien porque a Europa le va mejor desde que se disgregó. Si he leído que hasta los griegos vuelven a pagar el IBI. Y tarde o temprano, con sangre, porque sin ella no van a querer volver, los catalanes y vascos formarán otra vez parte del reino de España.

—Mi general, ya no somos un reino.

—Pero también la corona deberá volver con esa misma sangre. No deberíamos permitir que quinientos años de Monarquía unificada queden hechos añicos por el capricho de un pueblo al que le ha dado el aire de querer ser republicano, un pueblo que sólo entiende de modas y no de orgullo, de derechos y no de obligaciones ni de tradición. El concepto de español ha quedado en el entredicho del ridículo por tantas contemplaciones como se han tenido con los independentistas.

Marcelino Sáez de Miranda y Quintana Lacaci elevó el tono de su timbre hasta adueñarse de la sonoridad de la estancia. Las dos docenas de contertulios que la compartían interrumpieron hasta sus respiraciones para atender la ira de aquel general de medallas oxidadas por el que la mayoría de los presentes, asiduos a sus salidas de tono, sentían una lástima inclasificable.

—Y tú, Rafael, como mando supremo de una brigada acorazada, tú y algunos de los tuyos, deberíais ir pensando en cómo devolvernos el orden, en cómo volver a equilibrar la Historia. Con sangre, con esa sangre necesaria que exige toda revolución a la que no le basta con las palabras.

Ahora el tono ya no le salió vibrante sino entregado al viejo general. Como un girasol recién anochecido, tomó de un sorbo el Macallan que todavía fondeaba en el vaso y se sumió en su butacón con el pensamiento puesto en la vecindad de la muerte.

—General, general —casi le susurraba Rafael para desencantarle de su postración mientras le medio zarandeaba con delicadeza—, general. No crea que los de ahora, como usted nos llama, tenemos menos patriotismo que los de su tiempo.

Las conversaciones aledañas recobraron su runrún habitual. Únicamente el camarero echaba algún vistazo aliviado a la pareja. Con seguridad ya no les serviría más Macallan por hoy. Aunque su amplio registro actoral le hacía aparentar condescendencia, despreciaba ideológicamente a aquel viejo borracho que creía que España seguía siendo la misma túnica de la que tiraban los mismos cuatro para repartirse sus retales. Sin embargo, y como los restantes socios del Casino, en ocasiones como ésta, le afloraba también una lástima por la persona que no por el personaje.

El general Rafael Tornero retomó la palabra con la voz de los complots de mesita de noche.

—General, ¿qué cree usted, que a nosotros nos satisface la situación? Pues tampoco. Y aunque no llegamos a sus extremos, alguna vez sí soñamos con recuperar la honra y la dignidad de nuestro oficio, que cada día parecemos más enfermeros que militares, más bomberos que generales. Los Leopard a los que alude se han agarrotado de tanto reposo como acumulan. Hace unos años porque no había presupuesto para maniobras y ahora que lo vuelve a haber, porque la guerra y la defensa mediante las armas se consideran asunto de salvajes. Si hasta en algunos mentideros de Madrid se está considerando adelgazar más el Ejército de Tierra. Más todavía de lo que ya lo está. Para su consuelo le diré que algunos generales estamos valorando, cuanto menos, volver

a engrasar las cadenas de los carros de combate. Aunque sólo sea para amedrentar. De momento.

Pero Marcelino y la comitiva de sus apellidos ya no escucharon ese tañido de esperanza regeneradora porque todos bufaban al son de una inconsciencia entre el exceso de vejez y de barrica.

Rafael Tornero se incorporó con rostro de predicador incomprendido y con la dificultad de quien arrastra una manada de toros metálicos de Osborne, se dirigió a la barra para pagar lo que se debía. El camarero compuso la sonrisa suave de quien se sabe más alto, más fuerte, más joven, más bronceado a pesar de gozar de un físico un tanto destartado. Sonreía con la misma suficiencia con la que lo debía hacer JFK después de cepillarse a Marilyn.

—Serán siete, si no me fallan los números —se adelantó Rafael.

—No se preocupe, general. Lo cargo en la cuenta de don Marcelino. Así me lo tiene ordenado, que ya sabe usted que él es mucho de ordenar.

Y el camarero-actor le guiñó un ojo para continuar con sus gestos involuntarios de dominio a pesar de no tener bordada de estrellas la bocamanga.

—Déjelo dormir. Yo me ocuparé de él cuando despierte y le pediré un taxi. Ya sabe que no es la primera vez que el whisky le gana la pelea.

Filip

Los cuatro eran hombres, o chicos, masculinos de género en definitiva. También lo era el que se presentó ante el cuarteto como instructor de la prueba final de aquel proceso de selección que debía terminar con la elección de un solo ocupante para un puesto que iba a tener una deslumbrante opacidad en aquella política española en vías de regeneración.

La cuota de igualdad de sexos había dejado de tener el protagonismo antinatural de los primeros años del siglo. En la actualidad prevalecía la tendencia de que el más capaz solía ser el elegido por encima del volumen de su desarrollo pectoral.

Dos de los cuatro, los dos tenidos como chicos, no debían sobrepasar los treinta y cinco, quizá ni los treinta uno de ellos. La catalogación de alguien como hombre se había ido retrasando en edad década a década. En aquel 2020, el creciente cuidado masculino de pieles y estructuras había ido haciendo posible que a bastantes tipos de cincuenta se les siguiera aludiendo como chicos aun habiendo consumido casi tres quintos de su estadística de esperanza de vida.

No era el caso de los dos restantes, que aunque bordeasen esos mismos cincuenta, hubieran sido catalogados inexcusablemente como hombres por sus arrugas, por sus manos ligeramente vellu-

das, por unos nasogenianos marcados y por un poner entre adulto y adusto.

Cuatro personas en busca de la elaboración del discurso de sus vidas, de un parlamento que poco menos que hechizara a unos potenciales destinatarios con distintos grados de receptividad.

La sala en la que se libraba el último de los estadios clasificatorios era lo suficientemente desahogada como para que ninguno de los cuatro percibiera la agitación cardíaca de los tres restantes en el momento en el que, aquel excesivamente ceremonioso oficiante, les anunció que enviaba a sus direcciones de email las pautas que regirían la prueba. Finalmente, engalanando en exceso su intervención, les expuso verbalmente el tema.

—La histórica buena relación bilateral entre Turquía y España —resolvió con la voz sobrada de *the winner is...*

—Conviene enfatizar sobre las excelentes relaciones comerciales entre ambos países. Tres folios, mil quinientas palabras —compendió—. Una hora. Suerte.

Debo sobrepasar los ciento veinte de pulso. No esperaba yo esto de mí, de mi reconocida frialdad para afrontar situaciones límite. ¿Y esta sudoración de manos? Qué mamón, no puedes flaquear ahora, ahora que estás en una de las pocas antesalas apetitosas que puede depararte tu don, ahora que esa utopía que siempre te rondó de moldear opiniones ajenas sin ingresar de lleno en la política, está a pocos metros de impactar en tu realidad a poco que te estrujes los alfabetos. Una utopía de letra y hueso en la que la suerte que nos acaba de desear ese anfibio estirao tiene bien poco que ver.

Turquía.

Qué cabrones. Hubieran podido escoger un país más asequible. Turquía. Lo que daríamos, imagino, los cuatro, por poder acceder a Internet y nutrirnos turcamente, pero el inhibidor de Red, activado instantes después de recibir el email, impide incluso la tentación de recurrir a la picaresca.

Turquía.

¿Cuánto hace de aquella escapada a Estambul? ¿Tres años, cinco? Fue con Ingrid. ¿Qué habrá sido de Ingrid? Unas de las mejores tetas de mi repertorio. Medianas, antigravitatorias, izadas, centradas y densas como un monzón de terciopelo. Y también unas de las mejores piernas. Largas como una catástrofe, definidas como los antiguos califatos. Qué pedazo de tía, Ingrid. Por qué dejé que regresara a su Oslo sin oponer algo más consistente que aquel “es tu vida, cariño”. Entiendo que mi entusiasmo por formalizar la relación no fue el más alimenticio para consolidar el suyo cuando ella me pidió más compromiso o se marchaba. Pero yo tenía entonces treinta años y era demasiado joven para amarrarme a cualquier noray emocional. Cinco, cinco años más tarde ahora que fijo cronológicamente a Ingrid, hoy, continúo sin envejecer un solo principio.

Sigo suelto. Me lamo bien. Prosigo pastoreando. Todavía no ha llegado mi tiempo para escoger una pradera en exclusiva y vallarla para que corretee algún loco bajito que lleve mi ADN. Quizá no esté en mi destino cercar una y me mantenga, como hasta ahora, mudándome de pasto al son de las estaciones. Si no planeo mis migraciones ni siquiera a corto, cómo voy a pensar en un nombre para mi hijo.

Turquía.

He consumido ya tres minutos con gilipolleces mentales y sigo desasistido, sin viento para navegar por el Bósforo. Los tres tipos estos teclean ya como energúmenos y mis párrafos siguen en huelga de dedos y lo que es más preocupante, de datos, de hilos. Putos turcos y su media luna roja.

Debo enmismarme y bloquear el acceso a cualquier dispersión que no tenga denominación de origen turca. Media luna roja... y... la biblioteca de Pérgamo, el mismo Bósforo y su amigo Dardanelos. Fluyo y me fluye la Capadocia, el lago de Van,

Atatürk, con diéresis en la u; la lira turca, el Galatasaray, el petróleo, Asia Menor, los sultanes y sus odaliscas deliciosas, deliciosamente turcas.

Pero en pleno éxtasis otomano me sobreviene Ingrid de nuevo y se me aparece en toda la plenitud que mi memoria es capaz de recrear. Ingrid como visión sustitutiva de mi preocupante ausencia de liquidez neuronal para elaborar un discurso entre mágico, sólido y vacío, tal y como cabe esperar de un presidente de cualquier cosa. Ingrid revelándoseme, cinco años después, desde la autoridad de su desnudez acogedora y recomendable, tendida sobre la cama de aquella habitación panorámica del piso catorce del Hotel Mármara, Estambul, Turquía.

Turquía.

Ingrid esperándome con su paladar del sur resuelto y engomizado de deseo, revestido de esa suavidad que facilita cualquier deslizamiento, cualquier tipo de sondeo sin el permiso de apertura legalizado.

Turquía, recuerda Filip, sólo Turquía.

Sin injerencias de chicas, panteras, gacelas, o de tantas compañeras de viaje que te han embellecido los destinos, porque si ha habido un nexo de unión entre todas mis chicas, ése ha sido el de su belleza. Muy por encima de su inteligencia. Yo ya disponía y dispongo de la mía.

Pero, Turquía, joder, sólo Turquía.

Ya, ya, yaaaaaaaaa. Mis dedos se desperezan. Me siguen quedando cincuenta minutos. Os vais a enterar de quién es el mejor escritor de la República de España. Presidente, mi despacho sin alfombra, por favor. Aborrezco tanto las alfombras en sí como lo que se esconde debajo.

La prosperidad de una sociedad a menudo constituye el mejor modo de conseguir que sus ciudadanos puedan abrazar la meta más universal de todo ser humano, el ser feliz. Turquía ha expe-

rimentado, especialmente durante la última década, un salto exponencial en este concepto de prosperidad que se ha propagado a todos los estratos de su población.

España, inserta en un nuevo periodo de reforestación económica y social...

A excepción de su madre, que seguía utilizando el Felipe bautismal, no sólo todos le llamaban Filip sino que también escribían su nombre del mismo modo, acentuando, sin tilde, sólo fónicamente, la segunda de las íes. Incluso él mismo, a pesar de que no se había molestado en cambiarse el nombre en un Registro Civil que lo seguía recogiendo como Felipe Harrington Romero, se escribía como Filip, fuera el documento coloquial u oficial.

Hijo único de española y londinense desaparecido definitivamente de la foto familiar en el último de sus frecuentes viajes a una estratosfera propia que se fue construyendo a fuerza de ausencias, un mes antes de que el niño tomara la comunión. Y es que aunque su madre lo educó a la católica manera, él se desentendió del influjo de los crucifijos antes de los dieciséis. Filip Romero se voló de una borrachera el apellido paterno cuando su adolescencia le fue forjando el criterio y los trapecios. Si no tenía padre para qué necesitaba la herencia indeseada de su apellido.

El mismo Filip Romero, periodista sin redacción estable, gourmet de vivir sin alquilarse, nómada de tangas con derecho a devoción, tan osadamente guapo como insoportablemente inconformista, tan descarado como comprometido con lo que merecía su compromiso, tan metódico a la escritura como imprevisible en la marca de su próximo gin-tonic, tan madrileño como de cualquier parte, que después de casi quince minutos de sequía percutía sobre la holografía de un teclado que su IGlobe proyectaba sobre la superficie de la mesa que le había sido asignada para optar a escritor mayor de discursos del recientemente investido presidente de la República de España.

El investido resultó ser un diplomático de carrera que tras peregrinar por las embajadas primero de Ámsterdam (en calidad de sustituto temporal del embajador) de Yakarta y de París, a sus cuarenta años elegantes de porte y de apellido, fue consensuado por la totalidad del espectro ideológico para ser el primer presidente de la tercera República. Un cargo exclusivamente representativo, sin apenas poder ejecutivo, que había sido designado por los dos tercios del Congreso que exigía una Constitución remozada con motivo del advenimiento de la República pero pendiente de una reforma de mayor calado o incluso de la promulgación de otra más propia de aquellos tiempos en los que la inteligencia artificial comenzaba a asumir un protagonismo insospechado tan sólo una década atrás. Con esta necesidad de casi consenso, el presidente no se convertía en un caprichito del Gobierno de turno y podía ejercer sus atribuciones sin servidumbres políticas subyacentes.

El compromiso con la neutralidad del nuevo ocupante de una Zarzuela libre de inquilinos dinásticos, una Zarzuela que sólo utilizaba como despacho y como centro de recepción de actos representativos (porque el presidente no quiso utilizarla como residencia para que el cambio de régimen no fuera sólo nominal), se puso también de manifiesto con su voluntad de escoger a su negro de cabecera sin que mediara el amiguismo, la conveniencia ideológica o cualquier otro interés fuera de su aptitud. El elegido no sólo tenía que ser el que mejor escribiese sino el que mejor repentizase. Necesitaba a un tipo de menos de cincuenta, elástico de cintura y fresco como Bretaña.

Y por cumplir esos requerimientos y algún otro que su reputación con la palabra le había hecho merecer, Filip Romero fue escogido por los primeros rastreadores para formar parte de un contingente de veinte candidatos que habían sorteado dos pruebas eliminatorias escritas hasta llegar a la actual.

Los cuatro finalistas parecían haber acomodado sus respiraciones a su flujo de ideas. Todos aporreaban su mesa iluminada de qwerts y poiuys con la cadencia sincopada de los antiguos mecánógrafos. Sólo que no se percibía ningún sonido. Algún respingo de refresco de tanto en tanto.

Los cuatro utilizaban el IGlobe, que en sus distintos formatos: practicables, extensibles, plegables, adaptables, había arrinconado a los IPad, a los iPhone y a los portátiles, ya que aglutinaba todas las funciones de cada uno de ellos y podía reducirse a la mínima expresión hasta el punto de que el modelo más evolucionado podría reducirse al tamaño de un viejo iPhone5. El IGlobe se había convertido en el complemento más imprescindible de la historia del hombre. Se podía vivir sin televisión, sin pareja, sin saber cocinar, sin sexo o sin comer chocolate, sin cuadros en las paredes, sin cortarse las uñas, casi sin depilarse, sin practicar ejercicio, incluso sin hígado o con medio, pero no se podía sobrevivir sin IGlobe.

Se estaba extendiendo la costumbre de escribir dictando a impulsos de voz, pero en los distintos ambientes profesionales de la escritura, se seguía digitando la palabra porque este procedimiento tradicional para confinar el pensamiento en un abecedario, lo trasladaba con una mayor fidedignidad de la que lo hacía la forma oral. Estudios psiconeuronales habían demostrado que el tránsito de la idea a la palabra perdía menos información, conservaba más la pureza si se utilizaba un teclado para reproducirlo.

En los colegios, la caligrafía era ya una asignatura complementaria, optativa. Únicamente los pertenecientes a las generaciones que ocupaban los últimos escalones de la pirámide de población escribían a mano y no todos. Lo ológrafo estaba destinado a los museos, a los altillos donde se almacenaban los desfases que las modas y el progreso habían ido condenando al olvido.

Restaban diez minutos.

Restan diez minutos pero está resuelto. Únicamente debo corregir mis dislexias y coordinar alguna preposición descolgada. Pero me voy a conceder antes de la revisión final un paseo por los ojos de mis tres competidores. Nunca he tomado como arrogancia comportamientos como éste pero entiendo que algunos, y algunas, me atribuyan esta condición. Sólo busco información añadida. Los dos mayores están todavía, por la interpretación de su metalenguaje, modificando algunos aspectos del texto que me da que son algo más que conjunciones descarriadas. El que parece más mayor se ha imprimido el tatuaje facial de la derrota. El más jovencito parece satisfecho. Sólo relee ya, como yo. Me sobreviene el instinto inverosímil de asesinarlo pero desaparece de inmediato cuando me hago saber que con toda probabilidad, este pipiolo con una brizna de jactancia en su relectura, no se habrá escapado a Estambul con ninguna Ingrid de girarse. Y eso juega en su contra a la hora de expresarse sobre Turquía porque yo he podido oler simultáneamente a Ingrid y a Estambul. Y algo de esa amalgama olfativa que guardo en mi histórico de subconscientes, ha impregnado, sin duda, alguno de los párrafos del texto.

Turquía.

El ceremonioso hace sonar el gong anunciador del último grano de arena cayendo en la ampolleta del fin. No more words. Adjuntamos el archivo y dirigimos el email a la dirección establecida. Se recupera la señal de la Red. No ha mediado ni un solo papel en el proceso. Minimizo mi IGlobe y lo reduzco a la abertura de mi bolsillo.

—Dentro de dos días os haremos llegar el acta de la prueba. Al ganador se le remitirá conjuntamente un cronograma. Estad disponibles.

El tono altanero del ceremonioso me provoca un estúpido que no dejo que sobrepase la laringe. Soy consciente de que mi ímpetu verbal me ha hecho perder algunas posiciones en más de una carrera. La satisfacción que produce el arrojar un exabrupto suele

ser inversamente proporcional a su conveniencia. Espero no tener que compartir equipo con el figura, que sea un consultor externo, de esos que cobran a potosí el minuto.

Olvido su careto de inmediato. Estoy ufano. Voy a ser el negro anónimo del presidente. Con esa convicción me levanto de la silla. Inicio un breve intercambio de palabras con los otros tres aspirantes. Vuelto en el corrillo mi deseo de una suerte colectiva y protocolaria y lo abandono el primero con la presunción de que aludirán, en mi ausencia, a mi suficiencia. Pero yo soy muy de los míos y muy poco de los que no lo son.

Le prometí a Frida que la llamaría tras la prueba, pero este mediodía de mayo me pide un par de cervezas en manga corta en alguna terraza de Huertas. Hay que aprovechar la penúltima paz de las terrazas de un Madrid todavía exento de guiris olímpicos, cagüen todos los aros y la ridícula mascota de Osodroño.

Me apetece celebrar mi previsible nuevo oficio solo. Miento, solo no, en compañía de mi IGlobe. Tengo algunas lecturas atrasadas. Aunque quizá la llame luego para echar la tarde y algún grumo de deseo acumulado.

Joder, qué enormidad de chica, me digo cuando apenas ingresado en Goya me confronto con una estatua que camina como si hubiera sido la fundadora del contoneo, como si recitara sonetos de Dámaso Alonso con el movimiento de sus caderas.

—Oye, oye. Creo que se te ha caído un vaivén.

Levanto la voz lo justo para hacerme oír a sus espaldas porque nos acabamos de cruzar y sería motivo de horca no intentar que ella invirtiera el sentido de su marcha.

—¿Tienes prisa? Me llamo Filip.

Ella detiene sus pasos, se vuelve y sonrío en prueba de agradecimiento a mi ocurrencia. Se encoge de hombros, todavía con la sonrisa encendida, y me da a entender que no, que no acaba de tener prisa.

—Iba a celebrar un pequeño triunfo tomándome un par de birras. ¿Me acompañas?

Y me acompaña. Resulta llamarse Madeleine. Se apellida d'Estaing, qué ilustrísimo, y es, cómo no, francesa, parisina, matiza con un acento perturbador. Me rompen las extranjeras bien resueltas. Estudia Bellas Artes. Y yo a ella, cada uno de sus movimientos. Convengo que es insoportablemente hermosa, bastante más que el mismo rosetón de la catedral de Chartres.

Aprietan, juntos, la sed y el calor. Casi levito.

Martina y Jan

Tacones de hasta cuatro centímetros. Con su 1,74, si le permitimos más, sobrepasaría en estatura al presidente y mi concepto de protocolo me exige cuidar también de esos detalles. Traje de ejecutiva. Límite de la falda, cinco centímetros por encima del comienzo de las rodillas. De tono oscuro, para que se mimetice lo máximo posible con el verde abeto que el presidente lucirá mañana. Maquillaje tenue, línea de ojos sin estridencias, colorete suave si lo usa y brillo de labios como tope para realzarlos. Pelo suelto para que se le advierta menos el rostro y nada de joyas deslumbrantes ni tampoco un exceso de complementos ornamentales que puedan llamar la atención.

—Lo dejo a criterio de su discreción y de su oficio. También se la eligió por eso. Intuyo que habrá escuchado más de una vez estas o parecidas indicaciones, pero yo, como usted, soy un profesional. Y como ambos jugamos en la división de honor de los profesionales, mejor reiterar lo obvio hasta que nos baste un gesto para comunicarnos cuando el trato nos vuelva más interpretables —remató sin asomo alguno de arrogancia Jan en contra de lo que podía desprenderse de un envaramiento fonético que no era sino método, vieja usanza, quizá nostalgia de que el mundo no tuviera el mismo formato que su vida.

— Soy sencilla en asunto de adornos aunque no dejo de ser una mujer. Apenas tengo joyas y sólo me maquillo en las bodas, aunque bastante menos que otras en los semáforos. ¿Y no crees que ya va siendo hora de que me tutees, Jan?

A Martina, sentada, casi hundida en un sillón camel del despacho de Jan van Springel, le agradaban las maneras de mayordomo clásico de aquel hombre por igual cuidado que cuidadoso. Era la tercera vez que departía con él, la primera para preparar una reunión de primer orden.

Jan van Springel se producía con la lentitud pragmática de los meticulosos. Quizá le faltaran diez centímetros para haber sido presidente de lo que fuera y no secretario. Le ofreció café.

— No suelo tutear a los colaboradores. Mantener la distancia me concede neutralidad. La ausencia de emociones encontradas me evita interferencias con los miembros de mis equipos. Soy un poco suizo en ese aspecto.

A Martina le pareció más solo que suizo, tan marchito por dentro como exquisito de envoltorio. Por encima de cualquier otra percepción, le pareció tan entrañable como su abuelo cuando la tenía como nieta favorita a la misma edad que la actual de Jan (se había informado sobre la del holandés y resultaron sesenta y seis). Hasta que a los sesenta y siete, un ictus corrosivo le desparramó la sangre por donde hasta entonces habían corrido Kant, Platón, Pico della Mirandola y, en los últimos años, sus nietos. Y ya no hubo más. Treinta años más tarde, a Martina todavía le siguen aterrando esas cefaleas súbitas que le sobrevienen sin motivo. Está convencida de que también a su cerebro le sorprenderá una inundación catastrófica que borrarán de una oleada todas sus lenguas para instaurarle el silencio inconsolable de los descreídos. Confía en que no le llueva torrencial demasiado pronto.

Ni con toda la frondosidad de su oído puesta al servicio del rastreo, pudo descubrir Martina ningún asomo de neerlandés en

la dicción de Jan. Neutro hasta en aquel castellano de ninguna parte.

La opinión pública vertió las primeras críticas hacia el presidente por haber escogido como secretario personal a una persona de edad tan impropia en unos tiempos dinámicos y rejuvenecidos que habían hecho caer en desuso a los que tenían más de sesenta. Luego se supo que Jan había sido su profesor de protocolo el año en que el presidente cursó el máster de Diplomacia en Utrecht. Y aunque éste no tenía que justificar la elección del cargo más personal de los que le rodeaban, también se supo, por las confesiones a sus próximos, que Jan van Springel le aportaba ese contrapunto de serenidad que le domesticaba el entusiasmo de la novedad que le producía, a sus cuarenta años, aquella responsabilidad mayúscula de encabezar la lista de presidentes de la tercera República Española.

Era la primera cumbre internacional en la que Martina iba a hacer de intérprete a un presidente de Estado, a dos. Aunque el territorio de las reuniones internacionales le resultaba tan familiar como el lado urbanizado de su cama, su trofeo máximo había sido un ministro. En su salón tenía disecada la cabeza de alguno de los demasiados que le ahumaron la paciencia a lo largo de tantos años de profesión.

El ritual no difería demasiado se tratase de presidentes, ministros o ujieres. Procurar el entendimiento entre dos personas que combinan las mismas letras de formas distintas.

Con independencia de los entrantes y los actores, el plato central lo acababa constituyendo una estancia cerrada, dos sillones esquinaos que ocupaban los mandamases de turno y una silla mínima en el pequeño cuadrilátero que dejaban aquéllos y en el que mediaba, sedente, la intérprete, ella, y su cuello entrenado para mirar con inmediatez a uno y otro lado de la red, aunque esta cancha, a diferencia del tenis, no estaba hecha para guardar silencio durante el match.

—No te preocupes, Jan. Yo sí te voy a tutear. Yo sí suelo hacerlo con aquellos superiores que tienen los ojos claros y el aplomo de quienes no parecen tener prisa. Transmites esa calma de las playas sin apenas olas. Nos vamos a entender.

La voz del holandés queda pero timbrada, revulsiva pero pausada.

—Presumo que además de una intérprete y una traductora, hay una escritora latente debajo de esa torre de babel —se humanizó el secretario.

—La hay, Jan, la hay —Martina evocó sus dos novelas a caballo entre lo que empieza y lo que termina, yacentes en el mismo rincón que los paraguas viejos. Novelas, proyectos de novelas sin otro peso literario que la pulcritud de su escritura y las constantes salpicaduras de vocablos y expresiones de otras lenguas—. Pero no lo suficientemente buena como para hacer que te emocione lo que escribo. Quizá sí episódicamente, pero no dispongo ni del talento ni de la imaginación para mantener la emoción de un texto más allá de unos párrafos y aun así me salen algo neutros, un poco suizos, como tú.

Y Martina le obsequió con un mohín de travesura que era más de hija que de colaboradora, incluso más de nieta que de hija. Si tomar un whisky en aquel contexto y a aquellas horas no hubiera sido motivo de apertura de expediente, si Jan no fuera casi abstemio (sólo cerveza en las comidas), según declaraciones propias, y si a Martina no se le dibujara una mueca de desagrado al ingerirlo, el clima con el que la conversación había contaminado la sala se ofrecía propicio para servirse uno. En su sustitución, Jan, buscando recuperar su etiqueta y la eficiencia, le hizo pronunciar uno a uno los nombres de la delegación rusa y sus correspondientes cargos.

Tentada estuvo Martina de rusificar castellana y cómicamente las erres para darle con la parodia, continuidad al buenrollismo,

pero se recompuso, juntó sus rodillas en prueba del retorno a su condición de chica/mujer seria y con una profesionalidad moscovita de laringe recitó uno a uno los doce miembros de la comitiva que tenían cargos de estado comenzando por el del presidente del que seguía siendo el país más extenso de la Tierra.

—Deberá estar a las ocho. Primero tiene...

Martina lo interrumpió con una campechanía que pretendió educada. Era de las que opinaba, y ponía en práctica, que la linde entre la educación y la vulgaridad la codificaba apenas un rictus amable, el esbozo oportuno de una sonrisa cofrade. Y con ambas se acompañó para hacerle entender a Jan que no se habían equivocado en su elección.

—... las reuniones preliminares de los ministros de energía, a continuación la del Presidente del Comité Olímpico Español con el alcalde de Moscú ¿o debo decir Mockba? Y para finalizar la de los presis. A las siete y media de la mañana he quedado con las otras cinco intérpretes que colaborarán conmigo mañana. Instruidas con tus rigores y con mis manías. Saldrá bien, Jan, saldrá bien. Al menos en lo que a mi campo respecta.

—Saldrá mejor que bien. El fin último de mi cargo es afianzar el del presidente y en estos primeros meses necesita un suplemento de ayuda conjunta para demostrar que no está hecho para estar de paso en el puesto —Jan se mostró firme como una hambruna, rectilíneo como una reprobación.

—Sí, sí, la causa es común... pero insisto en que deberías tutearme, Jan. Las mujeres, a cierta edad, nos sentimos mejor tratadas de tú que de usted. Eres un tierno que adopta una pose defensiva de tieso, Jan, por mucho que te empeñes en disfrazarte de suizo y de aburrido.

—A las ocho. En punto. Aquí. Como le he dicho. Y deje las zalamerías para los de su edad y no las utilice contra sus mayores —remachó con afectación el de Utrecht, intentando recuperar esa

distancia que Martina se había empeñado en minimizar. Con escasa fortuna porque a su mano derecha se le escapó, con impremeditación, un ligero roce que fue a dar en el hombro descubierto de la intérprete que hoy sí, que hoy todavía le estaba permitido.

—Op rolletjes.

Hubiera querido despedirse con una expresión más desenfadada, menos tópica. Pero como su vocabulario en holandés no daba ni para leer un menú del día, en lugar de como un clavo tuvo que utilizar como un reloj. Recordaba la expresión por uno de esos azares inexplicados de la memoria y le divirtió el emplearla para poner fin a aquel careo que de tan buen color le había puesto su mañana.

Jan la acompañó hasta la puerta sin acusar el comentario, sin añadir nada más a lo ya dicho. En el antedespacho, en una de las dos sillas de esperar, aguardaba su turno un chico con los hombros cuajados, el pelo casi por los mismos y un rostro a medias de astrobiólogo, a medias de actor porno. Vestía con el descuido estudiado de quienes no necesitan de una sobredosis de apariencia, de a quienes les basta con descubrir, cuando procede, el versalles que ocupa y engalana el ala noble de su cerebro.

El chico hizo ademán de levantarse y quedó por unos instantes en una posición oblicua, como si sufriera de lumbalgia. En el cruce, Martina observó la mirada desaprobatoria con la que Jan apuñaló a aquel chico masculinamente guapo que olía casi tanto a hombre como Russell Crowe en sus tiempos de gladiador.

—Creo que no os conocéis —solemnizó el holandés, marginando su contrariedad ante el aspecto del nuevo negro del presidente.

Martina, intérprete, Filip, asesor. Este último recuperó la verticalidad para rehusar la mano de una Martina poco acostumbrada últimamente a ser besada, siquiera en la mejilla, por chicos de ojos bronceados por la seguridad propia.

—Tendréis ocasión de veros más veces. El tiempo está co-

rriendo más que mi agenda. Y con un desabrimiento de mano le rogó a Filip que pasara, que pasara ya.

Pero Filip aún tuvo tiempo de volverse y destinar a Martina un guiño equidistante entre la caballerosidad y el descaro, quizá no tan equidistante.

Fernando y Fiodor. Y Martina

—No me convencen las enhorabuenas videotelefónicas. Las prefiero mil veces en vivo. Aprovecho la ocasión para redoblártela hoy. No sólo tienes cara de presidente, sino andares y maneras. España te estaba necesitando, Fernando —el dignatario ruso hizo un esfuerzo para que el nombre sonara lo más parecido a como lo hubiera pronunciado uno de Valladolid, pero el acento se muestra tan insoslayable como la sombra y delata procedencias.

Martina, que había sustituido su breve mariposeo inicial por una inesperada relajación de baño turco, traducía del ruso con serenidad, rusificando inconsciente, dulce, levísimamente el castellano, según le matizaría más tarde y distendidamente su presidente, interpuesta entre ambos mandatarios, que a medida que se iban alejando del radio de escucha y de visión de micrófonos y cámaras con destino al salón de visitas, se fueron desproviniendo del envaramiento y de las sonrisas de plata que exigían las leyes de la fotogenia.

En aquella estancia, en la que las cortinas decimonónicas habían sido sustituidas, por decisión presidencial, por estores magnéticos a juego con la modernidad, a Martina le esperaba una silla de parvulita casi escondida entre dos sillones en los que finalmente se acabaron desplomando contenidamente, sin otros testigos

que la propia Martina, Fiodor Pavlov y Fernando de Olivares, presidentes respectivos de las repúblicas rusa y española.

—Fue muy entrañable. Y ahora que no me escucha nadie, puedo decir que percibí algo más que protocolo en tu felicitación. Los neófitos agradecemos estos apoyos que nos suenan sinceros, máxime cuando provienen de países tan influyentes como el tuyo, Fiodor.

Fernando de Olivares no se esforzó por parecer de Ekaterimburgo cuando pronunció el nombre de su homólogo. Como tampoco podía discernir si la lengua rusa le florecía a Martina con un tinte de castellanidad, porque su oído no disponía de jurisprudencia alguna en aquel idioma. El haber leído Ana Karenina y algún que otro clásico de los autores de más allá de Polonia, no le había otorgado el conocimiento suficiente de Rusia y se había visto obligado a complementarlo con los informes que sobre diversos asuntos que no aparecían en la Multipedia le facilitarían sus asesores.

—Yo vengo de una casi revolución. Después de que el pueblo y una generación de políticos todavía sin contaminar depusiéramos la tiranía internacionalmente consentida de Putin, me he exigido regenerar el país, despojarlo de especuladores de ombligo negro, incentivar la inversión en empresas que produzcan bienes tangibles y no sólo dinero volátil. Si consigo, si conseguimos que el número de supermillonarios descienda a la mitad en los próximos cinco años, me daré por satisfecho.

—Nosotros, mi país, a pesar de haber disminuido en extensión por las secesiones, crecemos. No lo tenemos difícil. Caímos en un abismo económico hasta el 2017 y desde hace tres años hemos venido recuperando algunas constantes económicas. No resulta demasiado meritorio cuando se parte de tan abajo. Mi país necesita lo mismo que el tuyo, producir cosas hechas de materia, mimar a los científicos, rearmar a las universidades, recuperar un

tradicionalismo inversor y no tener que perseguir la estela de un dinero tan invisible como escurridizo.

Fernando adoptó la estrategia y la suficiencia de las pausas a tiempo para permitir a Martina seguirle su ritmo de habla, acelerado por naturaleza (algo que se estaba corrigiendo con la ayuda de Jan). La miró una fugacidad y se encontró con sus ojos carboníferos.

— Yo sólo soy un figurante, sin poder ejecutivo, pero me he propuesto modernizar la imagen de un país ya sin reyes dinásticos que olían demasiado a Historia, a jarrón chino recubierto de polvo, ahora que no nos oyen los chinos.

La empatía entre ambos mandatarios adquirió un grado poco recomendable para la productividad comercial de este tipo de encuentros. Fernando de Olivares, aunque exento del magnetismo relacional de los elegidos, caía en gracia sin necesidad de tener que hacerse el gracioso. Parecía más alto que su 1,77, más delgado que sus ochenta y ningún kilos, más inteligente que lo que su coeficiente arrojara de adolescente, cuando le practicaron los test para cuantificar los quilates de su córtex.

Fiodor se sirvió del comentario del español para recelar de China y de su sistema de libertades. Después, y para asombro de Martina, se saltaron la gran muralla de la diplomacia y bromearon sobre las curvas demasiado acentuadas de Rosalind Beckford, la primera presidenta de la historia de los EEUU. Sin embargo la francachela todavía no les dio para llamarla gorda. No olvidaron atender, con más devoción en este caso, a las de la primera ministra noruega, una exmodelo que atesoraba algo más que la belleza madura de sus cuarenta y dos. Ambos sabían con precisión el dato y ambos emitieron lo inmediatamente anterior a una risotada al comprobarse mutuamente conocedores de su año de nacimiento. Y si callaron sus medidas, si es que las sabían, quizá se debiera a la condición de mujer de Martina, que aunque neutra y muda, no dejaba de ser una

semejante femenina con criterio propio. El 6 de octubre cumplirá 43, apuntilló el ruso paladeando su pequeña victoria.

Mencionaron, enfrascados en cotilleos internacionales, la papada rosácea del también tierno primer ministro británico, laborista de nuevo. Alabaron en clave de parodia lo recios que parecían los ilustres muslos del presidente de la flamante y fragante República de Escocia, que acudía con el kilt a las reuniones internacionales sin el menor asomo de incomodidad, como un Evo Morales europeo.

Martina iba del ruso al castellano con una comodidad en las comisuras de los labios que bordeaba la sonrisa. Su presidente le requería una mirada de tanto en tanto para acrecentar su propia confianza, buscando su aprobación tácita sobre cómo se estaba desenvolviendo ante uno de los grandes. Martina quizá le correspondiera alguna vez con el refrendo de lo imperceptible. Ninguno sabía. Todo transcurría celérico, las palabras, los ademanes, los metalenguajes, incluso los escasos silencios, que por precisamente escasos y pobres, se sucedían rápidos.

Lamentaron la desertización económica de los países del Golfo Pérsico, elogiaron sin envidias perceptibles la imparable pujanza de Brasil, trataron con delicadeza lo mucho que le seguía costando a Europa encontrarse consigo misma, atollada en su propia geometría organizativa, con una UE debilitada por disparatada, por fragmentada en la pretendida cohesión de sus 33 miembros, con el euro prescrito, con Alemania exhausta, consumida su potencia para tirar de todos y a su antojo.

Fiodor le acabó hablando de lo responsables que le habían salido sus dos hijos, de sus orígenes humildes, del maldito frío que se cierce a principios de noviembre, como una hecatombe cotidiana, en un pueblecito chico del Norte de los montes Urales en el que pasó su primera infancia. Fernando desató su intimidad abordando su soltería, ni deseada ni perniciosa. Todavía no ha llamado

nadie que haya adivinado la contraseña para quedarse a vivir en mi reserva. Y el tono se le volvió un punto blando durante menos de diez segundos, quizá no llegaron a cinco, los que necesitó el ruso para invitarle a Moscú antes de que se asentara el invierno.

—Octubre como tarde. Noviembre desanima tanto a los moscovitas como a los ejércitos que han intentado anexionarse Rusia.

Martina le tradujo que sí, que por supuesto, que lo dispondría con su personal diplomático para como tarde mediados de octubre, que se lo comunicaría por escrito, pero que antes imagino que nos volveremos a ver con motivo de la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos. Tentada anduvo de añadirle que siempre había querido ir a Moscú pero que las dos veces que programó su visita, Olivier se ocupó de truncarla con la naturalidad habitual de quien se prepara su propia comida sin reparar en el hambre de sus prójimos. Tras los cuarenta y todos los años de Fiodor Pavlov no se adivinaba un hombre que hubiera sido atractivo, siquiera en su época capilar. Martina sabía que cuando se le entrometía la fisonomía de alguno de sus interlocutores, es que comenzaba a estar cansada y necesitaba ser sustituida para que no se resintiese la literalidad del diálogo. Pocas actividades mentales exigían de un grado de fijeza cerebral como la traducción, máxime si las dos lenguas no tenían el mismo tronco, ni siquiera, en este caso, el mismo alfabeto. Llevaban una hora y veinte minutos de conversación, un tiempo inusual para mediar entre dos autoridades incapaces de entenderse si las dejaran a solas y que ahora se asemejaban más a dos camaradas que a dos presidentes de repúblicas de buen linaje. Un metraje inusual para la eficacia de cualquier traductor que no fuera un androide.

Fernando de Olivares pareció darse cuenta de que Martina se ayudaba de algunos gestos de manos que no le había advertido hasta ahora, incluso amagó un par de veces con moldearse la melena, suelta, con sus dedos.

—Martina, nuestra intérprete, parece cansada, Fiodor. Es natural. Hemos sobrepasado con mucho el tiempo adjudicado a este encuentro.

Martina, tras efectuar la traducción al ruso de la referencia de su presidente hacia su persona, resentida en su orgullo profesional, aunque a sabiendas de que él estaba más que en lo cierto, afirmó que podía continuar. En castellano primero y en ruso después. Con un punto de desplante contenido. Sin servirse de la sonrisa para amortiguar ese envalentonamiento verbal. En ambas lenguas. Si había sido escogida por ser considerada la más apta, no iba a evidenciar debilidad ante su elector y desfallecer al primer compromiso de altura, a pesar de que el tiempo máximo recomendado había sido sobrepasado de largo, a pesar de que percibía que su oxígeno neuronal se le enrarecía por momentos, provocándole una sensación semejante a la de su primer día de estancia en la altitud de Lhasa, con su cabeza como un anexo confuso de su cuerpo. Qué subyugante aquel Tíbet cuando Olivier todavía olía a recién cortado.

Fiodor Pavlov fue el primero en incorporarse. Acto seguido obsequió a Martina con una inclinación de cabeza a modo de solicitud de perdón. Sus intérpretes de cabecera se iban alternando cada 45 minutos.

—Espero que Fernando la traiga a usted a Moscú. Parte de nuestra complicidad sobrevenida se la debemos a su modo tan cercano de traducir. Si España no la trata bien, en Moscú tiene abiertas las puertas del Kremlin.

Por el contexto, por lo melifluido de su tono, Fernando, también ya en pie, intuyó que el ruso estaba, si no coqueteando, sí exhibiendo todo el caballaje de su amabilidad con la intérprete.

Martina, aliviada y un tanto regenerada por la verticalidad, se lo tradujo con desenfado.

—¿Y tú, qué le has respondido? —quiso indagar el español.

—Yo no tengo voz propia aquí, señor presidente.

Martina obtuvo un asentimiento admirativo como única respuesta porque cualquier frase que hubiera escogido no hubiera estado a la altura, pensó de Olivares. Ambos dignatarios se abrazaron y se renovaron los votos de reencuentro. Martina, refugiada de nuevo en su discreción, se los hizo inteligibles, abrazos y deseos, mientras se dirigían a la puerta.

Fernando de Olivares la abrió, cedió el paso al ruso y antes de sumergirse ambos en la maraña de secundarios que los aguardaban, incluidas las cinco intérpretes que amalgamaron a las dos legaciones mientras la espera, se aproximó al oído de Martina.

—Esto no es necesario que lo traduzca. Como sabrá, los rusos se van a media tarde. Para agradecerle el sobreesfuerzo la invito a cenar esta noche. Fuera de estos muros. Qué le parece en el Santceloni. A las diez. Me llevo bien con el propietario y nos hará un hueco. No pueden negarse, ni él ni usted. Soy el presidente. Si lo hace se lo tendré que ordenar y no se me da bien todavía, estoy aprendiendo.

Martina no acertó siquiera a decir que no. Tampoco su probada locuacidad le dio para balbucear un yo... esto... no creo... que sea... apropiado... señor... presidente...

—Aunque la voy a volver a ver durante la comida oficial, la veré mejor allí, sin tanto ruso de por medio. Sea puntual. Y no se vista de gala, ni siquiera de seria. Yo no lo haré —le bisbiseó sin necesidad de interrumpirla.

Madeleine y Filip

Tendré que aprender a sacrificar mi vanidad de firmante blanco. La idea de transfigurarme en escritor ajeno, en el negro oficioso del presidente, me fascina tanto como me pervierte, me atrae en la misma medida que me deprime. No sé si acarreo con esa dualidad desde la cuna o me he ido haciendo con ella. Bipolar casi patológico, íntimo y exhibicionista, discreto y egocéntrico, tierno y capullo, según pieles y voces, roces o golpes, goces o goznes.

Lo sé. Lo asumo.

Trato de corregirme pero noto que con la edad, a mis treinta y cinco ya, en lugar de asedarme, me voy extremando, como un clima continental prototípico. ¿Y si me faltara un amarre fijo para no tener que desplazarme itinerante, echando el cable ahora en el que más me apetece, esté libre u ocupado? Claro que esa unicidad exigiría monogamia y no he aprendido a conjugar ese concepto tan vis a vis.

Tengo que entregar el discurso del presidente antes de las ocho de la mañana de mañana y son más de las cinco de esta tarde borracha de luz, hercúlea de transparencia. Y en un alarde de suficiencia, más bien de jactancia ante las circunstancias, esta noche he vuelto a quedar con Madeleine. En esta ocasión será aquí,

en mi casa, a cenar, a cenarla a ella, caníbal como me produzco cuando una piel huele como una derivada indescifrable. Sabe que me enloquece su cuerpo y lo hace valer, la muy puta. Será la tercera cita, un ordinal apto para desnudarla por fin. No he conocido a otra que camine mejor. Y aunque es cierto que va perdiendo un vaivén a cada paso, le brota otro de inmediato que le surge más sensual, más despiadado para los ojos que la observan. Afirma, sin otra prueba que su palabra y su apellido, ser familia lejana de aquel Giscard d'Estaing, un gentilhombre que fue presidente de la France allá por los setenta y los ochenta del siglo anterior. En el último momento conseguí callar que me interesaba mucho más su coño que su genealogía. Quiere ser artista pero además será uno de esos cometas que impactan sin dejar cráter en la espalda plateada del macho dominante que decida.

Las cinco y ni una línea. Como acostumbro. Dónde comprar método, disciplina, autocontrol horario. Aunque presumo que me vería obligado a entregar a cambio espontaneidad, creatividad, genialidad, por qué no expresar que creo que escondo algunos rasgos y talentos de genio.

Me acudirá de golpe, el texto, como una eyaculación sobrevenida sin técnica de retraso. Después de escrito me amansaré, me poseerá alguna nostalgia terrenal y adoptaré el perfil de chico encantador durante unas horas.

El vejete holandés sí tenía método, el muy cabrón. Taxativo con los plazos, con el formato, la extensión y los apartados del discurso. Me hizo hincapié en la cadencia, en el mantenimiento del ritmo, en la ponderación, en huir de lo manido.

Un tipo singular, de los que ya no quedan. Dotado de una eficacia antigua, se mostró intransigente cuando se enrocó en sus instrucciones, sabedor de que suyas eran la razón y la manija. ¿Pero el negro no soy yo?, pues déjeme a mí, me contuve por ser la primera vez.

Parece recto como un ciprés pero seguro que esconderá algún flagelo, real o metafórico, en su mesita de solitario, que de todo se acaba uno enterando cuando merodea por los barrios altos. Vivir con tanto método debe producir desazón en los pulmones. Después de la entrevista estoy más convencido de que esconde otro respiradero.

Me trasladó que el presidente y sus asesores necesitarán el día entero de mañana para leerlo y retocarlo, o pedirme que lo recomponga al antojo de las circunstancias. Además, va a ser tu primer parlamento de gala y entiende que no vas a acertar a la primera por muy protocolario que te exijas, por muchas consignas que te pueda dar, me vino a decir.

Y yo, con ese punto de arrogancia que me germina instantáneo cuando me provocan el intelecto, le advertí, ahora sí, sin acento en la arrogancia, con una dicción que pretendí enrollada con el vejete, que no me gustaba ni la tijera ni que otras manos amasaran mi pan. Y el muy cabrón compuso, con los dedos, en un gesto de delimitación territorial, el signo de la tijera haciéndose acompañar por un rictus de una ironía que me da que también pretendió enrollada.

Qué coñazo, qué excitante Rusia, tan inabarcable, tan bipolar también. Zarista o proletaria, estalinista o aperturista. Épocas malas y algún hombre bueno a los mandos, pero más épocas malas y hombres malos que la han dirigido en provecho propio, sin contar con el pueblo salvo para enviarlo al hambre, a la guerra o a los gulags. Ninguna mujer, únicamente alguna zarina viuda de la que no recuerdo el nombre como gobernanta accidental de una despensa de estantes casi infinitos. Rusia, interminable, ancha, inhóspita, legendaria en sus extremos más desconocidos.

Me han proporcionado una documentación excelente, de la que no se encuentra en Internet. Necesitan que centre el texto, más retórico que profundo, ligero como un baile regional, en as-

pectos comunes a ambos países. Poco pasado, moderado presente y abundante futuro, el tiempo que más se deja predecir sin penalizar los errores. Regeneración, vanguardia y una brizna del esplendor acumulado a través de una Historia prolija en ambos casos. ¿Cómo se amalgama todo eso?

Presidente Pavlov, ministros, embajadores y demás autoridades y escuchantes, significa tanto para mí dirigir mi primer parlamento oficial a una representación de los máximos dignatarios de la nación más extensa de la Tierra, que se me empequeñecen las palabras no sólo para agradecer el honor de la visita sino también y sobremanera para glosar un inabarcable pasado, un presente próspero y un futuro sin límites visibles.

Porque eso es Rusia, la gran Rusia que el mundo vuelve a percibir como una de las hegemonías a la que respetar, a la que admirar y por qué no, a la que acercarse para tomar ejemplo de su sombra fecunda y modernizada...

Todas y cada una de las células que silueteaban a Madeleine tenían un ribosoma de más, el de la perfección. Cada detalle de su masa corporal parecía terminado a mano por alguno de esos operarios que todavía hacían de cada Rolls Royce una exclusividad. Cada relieve de su volumen parecía esculpido por alguno de esos genios hiperrealistas que conseguían que una estatua pareciera más auténtica que el modelo real.

La francesa constituía por sí sola un tratado de biología anatómica. Le bastaría con estudiarse y examinarse a sí misma para obtener un excelente en cada asignatura de ese Grado universitario sin estudiar de más. Algunas veces, lo de examinarse a sí misma, lo hacía sin que mediase ni profesor ni otra convocatoria de examen distinta al mero desenfado corporal y al deseo incontenible de los veintidós años.

Pero Filip no pensaba echar a perder su erección entreteniéndose en las profundidades teóricas de la química de aquella ma-

mífera a la que sedujo en un encontronazo callejero. En aquel momento sólo perseguía una única profundidad carnal y no precisamente con su mente, dos si finalmente Madeleine le salía viciosa y le consentía el acceso a su otro pasadizo.

La cama de la habitación de recibir de Filip tenía las mismas medidas que las de los matrimonios que entran en la era del divorcio, 180 centímetros. Amplia como la Rusia que finalmente acabó por recluir en un discurso que autocalificó como solvente y que tendría que releer un par de veces todavía antes de enviárselo a aquel holandés con tres pulmones, dos meticulosos y uno incierto.

Ella jugueteaba con él. Inmensamente desnuda, evitaba conceder a sus piernas patagónicas la abertura necesaria para que Filip pudiera introducirse entre ellas y doctorarse en espeleología francesa.

Filip se agigantaba imaginándose a Madeleine con los ojos entrecerrados, profiriendo ayeos de tenista. Además, para acabarlo de embravecer, Madeleine, la muy zorra, como le rugía Filip entre otros españolismos de cama, le mordía cualquiera de los lóbulos y le susurraba alguna guarrada en un francés biensonante desde aquellos labios en los que parecían caber todos los adjetivos de los besos.

Él multiplicaba sus manos como panes y su lengua como peces. Recorría sus entrantes y salientes con un primitivismo delicado, mientras ella seguía retirándosele y acercándosele, como una ola ensayando para elevarse a la categoría de tsunami.

En uno de los forcejeos, Filip consiguió vencer la resistencia perversa y lúdica de las piernas de Madeleine y los dedos se le mojaron más de lo previsto con uno de los pocos jugos que todavía no se envasaban.

A pesar de que la descendiente de Giscard no había visto en su vida un toro bravo, se sintió como corneada en su deseo y con-

sintió que la siguiera hurgando. Las piernas elásticas y entregadas ahora, los suspiros despertados, casi incontenibles.

Madeleine arqueó su cuerpo, adoptó la afinación de un violín, y le llamó cochón y bâtard y pervers y también hijodeputa, esto último en español. Cuando añadió, igualmente en castellano, un fóllame cabrón, Filip le introdujo su parte en su todo en su intento por construir la sinécdoque más lasciva de su trayectoria de depredador. Apenas enhebrada, ella hizo de su pelvis una bomba de hidrógeno, de su laringe un tremor continuado y de la espalda de Filip un campo de surcos enrojecidos acabados de arar.

Anulada su capacidad para embestir por aquella producción incesante de vaivenes, Filip, asombrado, se limitó a mantener una pasividad mecánica de su miembro hasta que a Madeleine le sobrevinieron a la vez un millón o más de espíritus santos en su infierno incandescente y rosa.

Cuando ella se derritió víctima de su propio magma, Filip tomó el relevo del movimiento. Primero con suavidad, gozando de aquella lubricación añadida, consecuencia de la rotura de la presa más íntima de la chica. Después fue incrementando progresivamente el compás hasta que consiguió retornarle el lenguaje de los gemidos múltiples. Hasta que a la francesa le sobrevino al poco otro millón largo de espíritus, menos santos cada vez, que le provocaron una segunda riada que acabó de anegar sus corredores. Y una tercera casi al instante. Y no atinó si una cuarta, sumida en una tectónica continuada, difusa la percepción, quebrada la racionalidad.

Ella le imploró que se acabase, que se acabase ya porque se le nublaban los cimientos, pero que se saliese, que no estaba su ciclo para apuestas y el pasadizo B no había sido habilitado convenientemente. La francesa le ofreció su boca francesa. Filip orientó su mascarón y un haz de embriones sin nombre de pila se estrelló violentamente en el velo del paladar de aquella hembra que no había dado, momentos antes, la sensación de tener tanta sed.

Exánimes, sin siquiera rozarse ahora, trataron de recuperar sus constantes corporales. Las tetas de Madeleine amenazaban con despegar a cada espiración. Un olor intemporal se apropió de la atmósfera de la habitación e impulsó a Filip a levantarse con destino al baño. Antes de introducirse en él, todavía luciendo una considerable envergadura en su entrepierna, se entretuvo visualmente en aquella francesa de melena revuelta que desde su altura se le antojó más perfecta que la propia curvatura de la Tierra. Tendría que cuidarla, porque hembras de bocas tan solícitas no abundaban en cielos tan cercanos a los suyos.

Regresado tras el relampagueo de una ducha, oliendo de nuevo a reiniciado, con la garganta amistosa y la ternura abanderando sus gestos, Filip se sentó sobre la cama, sobre su cama, en el borde más cercano a una Madeleine que mantenía el mismo posado postcoital que cuando pusieron fin al estallido. Acariciándole la casi concavidad de su vientre, poco menos que le susurró.

—Quédate a dormir esta noche, artefacto, que de tan salvaje creí que me ibas a hacer explotar. ¿Te han dicho alguna vez que el movimiento eres tú?

—Me han dicho mucho, pero he escuchado poco. No creas que me expreso así cada noche. Tú has sido, con mucha diferencia, mi mejor director. Me has vuelto tan audaz como ni yo misma me sabía —su castellano fluía con la ortodoxia propia de haber estudiado los tres últimos años en Madrid pero conservaba un buqué particular a ges vernáculas y a oes más redondas incluso que sus pechos.

—¿Me estás queriendo decir que has interpretado un papel? — Filip puso voz de predicador baptista consternado ante una súbita pérdida de fe de su auditorio.

—Te estoy queriendo decir que estoy sorprendida de mis prestaciones y de que siga teniendo ganas de ti, cheri. Ahora mismo —y le cogió la mano derecha, le seleccionó su dedo corazón y lo

llevó a su coño para que comprobara que el nivel freático todavía humedecía la estratigrafía de sus pliegues.

—Joder, Madeleine. Estás hecha una Venecia. Notar como persiste tu acqua alta me vuelve a motivar de inmediato –y le devolvió el gesto de la mano, conduciéndole la suya a su pene de nuevo vigoroso– pero... debes concederme media hora. La necesito para rematar una urgencia que debo tener lista antes de las ocho. A la vuelta, después de admirarte en silencio mientras duermes, te despertaré para repetir la escena, para tener más material para el montaje de mi peli sobre ti.

—Sólo te permito que me despiertes si me confiesas a qué te dedicas realmente. Presumo que lo de director de cine porno es sólo una tapadera. Estuviste evasivo el otro día cuando te lo pregunté. ¿No serás policía, o uno de esos agentes del servicio de inteligencia? ¿Se dice así aquí en España?

—Se dice como tú digas –agasajó Filip–. Pero concédeme también esa misma media hora de suspense, francesita intensa. A la vuelta te desvelaré quién soy y para quién compongo.

Filip se inclinó sobre los labios jolienescos de Madeleine y le hizo constar un beso que no quiso que pareciera de buenas noches. Sin perderle la cara a la sonrisa parcialmente satisfecha de la francesa, se incorporó, se cubrió la desnudez sin acabar de secar con un pantalón corto de los que utilizaba para correr, se calzó unas chancas de playa y tras acariciarle uno de sus pezones sinfónicos, se dirigió a su despacho a releer y matizar el discurso que el primer presidente de la III República Española debería pronunciar durante la comida oficial que se celebraría pasado mañana en la Zarzuela, con motivo de la visita del presidente de todas las Rusias.

De camino a su IGlobe, sintió que la euforia amenazaba con hacerle explotar las yemas de los dedos.

Felizia y Rafael

A Rafael Tornero y Martínez de Quesada le sorprendió sobremanera la llamada telefónica en primera persona de Felizia Gorriz Ribagorzano. Pero ni siquiera tenía con quien compartir su sorpresa. Ni siquiera con una Marita que ya no vivía con él desde hacía una semana. Claro que, últimamente, no tan últimamente, no compartieron mucho más que refriegas por naderías, escaramuzas sin vencedor y un lenguaje agrio y cuartelero que había hecho crecerse al vecindario en sus cuchicheos sobre la inminencia del divorcio de la pareja.

—Rafael, soy Felizia. ¿Podríamos vernos?

Felizia, a secas, sin mayores preámbulos nominales, primero amante y finalmente esposa del ministro de Defensa más defensivo que se le recuerda a la democracia y que ejerció durante los años de involución ideológica de principios de la segunda década del siglo. Acérrimo valedor de la unidad de España, cuando la primera secesión, la catalana, ya era una certeza geográfica, el todavía entonces ministro arengó desde cuantas tribunas públicas se pusieron en su mira, para que el ejército arreglara lo que los políticos rompieron. Aquel torbellino de ira patria cercenó, por una sobredosis de exaltación violenta, cualquier posibilidad de ascenso en su partido, máxime cuando no hubo más salida que su cese.

Su despeñamiento arrastró también las ambiciones de una Felizia que codiciaba algo más que ser esposa de un ministro quince años mayor que ella, una Felizia a la que ya no le bastó de origen, en su arribismo, ser la hija menor del duque de Somiedo. Condición, la de ser hija de un Grande de España, que le permitía vivir desahogada pero anodina. Hasta que consiguió que su ministro cesara de su libro de familia a su primera mujer y la nombrara a ella, paradójicamente por lo civil, allá por 2012, secretaria general de su cama, envuelta en un escándalo que sacudió los bebederos más conspicuos y cotillas de Madrid.

Los mismos bebederos en los que, años más tarde, se celebró aquel despeño paralelo de Felizia, tenida más por interesada que por afable, más por manipuladora que por entrañable. Felizia fue apeada de las portadas sin que su personalidad alcanzara para desarrollar un club de fans constituido por señoras con dedicación exclusiva a las vidas ajenas, ni tampoco por caballeros sedientos de carnes impropias. En la nueva Felizia resultante, los últimos gozos dejaron paso a las penúltimas sombras. Sólo su carácter instigador la mantuvo como la más vigente, la menos conformista del cementerio de elefantas políticas de aquella época.

Relataban quienes la frecuentaron y quienes la frecuentaban aún en el anonimato de los salones domésticos sin arañas del XVIII, que Felizia únicamente seguía presentando su sonrisa de encandilar cuando todavía, en su condición de señora de pasado notorio y lejano, posaba para alguna publicación decrépita con una asiduidad equiparable a la de sus cumpleaños. En cambio, en la distancia corta de lo social, más bien de lo íntimo, le afloraba el fruncido de la frustración por haber perdido su tiempo y sus orgasmos, se comentaba que fingidos, con uno de los aspirantes a futuro presidente de Gobierno. Aquel tipo defenestrado, Basilio Rey, no satisfizo las aspiraciones del culito breve de Felizia de asentarse en el escaño intangible de las primeras damas.

En su carné de méritos actual figuraba únicamente la ceniza de ser la esposa de un sexagenario que todavía mantenía el sillón de un par de consejos de administración de sendas empresas armamentísticas, catacumbas de exministros sin edad para innovar. Algunas noches, cuando en un arranque de comunicación él le proponía empezar una vida novedosa en un exilio neozelandés en el que tenía un contacto influyente, Felizia ni siquiera se molestaba en responder. Le bastaba con fruncir las estrías de unas mejillas que le aproximaban la cara más a pellejo que a cutis y Basilio se sumía, junto a su decadencia, en alguna de las vetas del parqué. Su obsesión por la delgadez le mantenía tan angulosos los perfiles que rasgaba con sólo mirarla.

Los mismos cocederos de Madrid aventuraban que no transcurrirían más de tres meses sin que la menuda Felizia volviera a aparcar su carrocería dañada en su taller particular de la juventud a contratiempo.

Aquella llamada había derivado en el encuentro que sostenían la exministra consorte y el general en el piso de este último, también a petición de ella, en el Madrid lustroso de finales de mayo de 2020. Un primero desahogado y sobrio del barrio de Salamanca.

Se conocían de por ahí, de muchos años, de coincidir en cócteles, de acumular recepciones, de encontrarse en fastidiosos besamanos, en arcaicas Pascuas Militares. Cuando los tiempos del esplendor social, a Felizia se le antojó la idea de intercalar a un general bonachón en su círculo concéntrico más próximo y garantizarse de ese modo una stargate a la nebulosa pretoriana del Ejército. Como Rafael era menos engraido, más entregado y más refinado que la mayoría de sus compañeros de camada, lo fue introduciendo progresivamente en su menú de favoritos. Pero el factor decisivo para esta inclusión definitiva lo determinó el hecho de que su mujer fuera fea de por sí, ligeramente gordezuela y más bajita que ella misma. Esa supremacía femenina de Felizia posibilitó que

compartieran más de una velada sin etiqueta, en casa de los unos o de los otros, los cuatro o acompañados de doce más, cuando la felicidad tampoco reinaba pero se la podía disfrazar de apariencia con dos carcajadas tras el postre. Con altibajos en la frecuencia, el general y Felizia habían mantenido abierta su conexión hasta hoy.

Rafael le sirvió un orujo, del blanco, del que hace toser escaleno si no se es adicto. Sin preguntarle si gustaba porque conocía su inclinación hacia el tequila gallego, acentuada en estas horas sin flúor en la sonrisa. Él se sirvió un whisky. Generoso, barato, con poco hielo, mecánicamente, con el escaso entusiasmo con el que últimamente se servía el primero, ese que siempre trataba de rehuir para no catalogarse como alcohólico pero al que terminaba por sucumbir a cada resistencia. Solían venir otros tras él.

Estaban solos en el salón. Todavía colgaba de una de sus paredes el retrato de un Juan Carlos I en el que aparecía terso y borbónicamente puro. Algunos símbolos patrióticos eclécticos complementaban una decoración sin estruendos de mal gusto ni de lo contrario.

Estaban solos, se presentían tristes, se vaticinaban diminutos, anodinos. Lo de Rafael parecía más personal que mundano, más de páncreas que de iris.

—Tú dirás, Felizia. Aunque si prefieres saltarte la introducción, casi podría adivinarla.

—¿Lo vais a dejar? —le apuñaló ella sin mayor protocolo retórico después de apurar, de un único sorbo, el contenido del shot. Felizia, pese a su condición de invisible social seguía estando placada de lugares, actualizada de tendencias y gustaba de nombrar así al chupito, tanto al contenido como al vaso. Shot, disparo, así solía beberlo, de un bocajarro.

—Esta vez sí. Hace mucho tiempo que cada uno estira hacia sí mismo de su extremo y antes de que la rama se quiebre del todo y que alguna astilla nos discapacite más, mejor ceder, resignarse a que

la madera no es dúctil sino rígida. Pasó todo, Felizia, ya hace muchos años que pasó todo. No nos queda ni el cariño hermanado de las parejas con más antigüedad que recuerdos compartidos. De hecho Marita se ha ido ya a vivir con su hermana hasta que yo deje el piso.

—Me alegro en la medida en que lo hagas tú.

Se sirvió otro en silencio. Sin que mediara la educación del ¿no te importa, verdad? Tampoco quiso, y eso lo agradeció el general, escharbar en el yacimiento de las miserias fosilizadas de la pareja. Se limitó a no afectarse ni a demostrar afectación. Sólo se le apreció un ligerísimo incremento en la abertura de las grietas de sus mejillas, hundidas por el hastío de haber pasado de aspirante a primera dama a exilustre desocupada sin oficio y sin hijos por los que sufrir. Un par de pantomimas solidarias cubría alguna de sus horas sueltas.

—Y Basilio ¿cómo se sigue tomando su vía muerta?

—Ya lo conoces. Con conformismo. Con serenidad histórica. Se ha amansado tanto que no lo reconozco. Con esos argumentos acostumbra a suavizar su situación para eludir la confrontación, conmigo y con quienes le vaciaron el depósito de su futuro. Ya ni lo hacemos. Desde hace mucho, desde bastante antes de que lo aparcaran en los dos consejos de administración que ya conoces, sin otro cometido que cobrar las dietas de asistencia por una asesoría cuyos informes nunca pasan de la mesa del último conserje —lo confesaba con la naturalidad de las leonas desterradas de la manada, sin autocompasión, como si leyera un fragmento de su propio testamento con registro y maneras de notario.

—¿Y en singular? —aprovechó Rafael para darse una cuota de morbo inesperado a su vida asexual, sin putas siquiera a las que mentir.

—¿Te refieres a si tengo sustituto? Pues claro. Un par. Los alterno. Muñecos hinchables de esos de llamar, quedar, follar y lavarse. Pura animalidad por mi parte. No resulta difícil encontrar

buenos especímenes masculinos que quieran encamarse con una aristócrata aunque no tenga un ducado a su nombre. Y no se me dan mal los juegos de cama. Todavía rimo bonita desnuda.

—¿Y él? ¿La tiene también? —remachó el general ahora con la libido despierta pero uniformada, manifestándosele hormigueante por primera vez en muchos trimestres a la redonda. Rafael tenía sólo cuatro años más que Felizia pero hubiera podido pasar por un cruce entre su hermano mayor y su padre. Calvo, fofo y destartado de esqueleto, mediano de estatura. El generalato pasivo de despacho le había refundado primero la barriga y en los últimos tiempos le había hecho crecer a lo ancho unas carnes que recordaban, por su textura, a la margarina caducada.

—¿Sustitutas? No le pido cuentas de sus andanzas. Ni se las doy. Se acueste con quien se acueste, si lo hace, que lo dudo si no saca la cartera, seguirá siendo un mal amante. Está todavía más fofo que tú. Compadezco a la desafortunada.

—Pero presumo que no has venido aquí a hablar de camas revueltas, ni de eccemas emocionales. Ni tampoco a escupirme lo gordo que voy estando.

—Presumes bien, mi general de peluche. He venido a hablar de España —y enfatizó teatralmente la palabra obviando el reproche de Rafael a su desconsideración sobre su físico—. Y un poco de mí, para qué negarlo.

—Y de lo poco que te aprecia esa España, de lo rápido que te olvidó, de su escasez de añoranza hacia ti cuando parecías destinada a ser más reina que tu paisana Letizia, otra a la que se le apagó la luz de la sucesión.

—Más o menos. Necesitamos, tú, yo, el país, que vuelvan los Borbones, que el soso de Felipón recupere lo que no debió perder. Sólo así tendremos ocasión de volver a ser alguien, querido Rafael.

Felizia se recetó un tercer orujo para atenuar su fuego interior, sólo que el actual presentaba un perfil distinto de ese otro al que

no le hubiera importado apagar, con una segura torpeza sexual, al intachable general Tornero, elucubraba la asturiana con más malicia interna de la que acostumbraba cuando se hallaba en compañía de la inocencia de Rafael en asuntos carnales.

Se lo imaginó desnudo por un instante y distrajo la mirada hacia la etiqueta de la botella para ahuyentarse ese mal espíritu. Con uno de esa especie en casa le bastaba para deprimirse cuando se cruzaba, casi nunca, con él en la ducha. No pudo resistirse, para olvidar la visión, de servirse el cuarto y último, se propuso.

—Cuarenta y ocho grados. Sí, es de los que desinfectan las cuerdas vocales, de los que acercan galaxias a la palma de la mano, de los que le sacan las verdades al hígado, de los que crujen en el esófago, de los que a ti te gustan, Felizia. No creo que sea necesario recordarte que hubo un referéndum para escoger entre la continuidad o la República —también él había dado cuenta del segundo whisky y se escanciaba un tercero en catarata, para que si sonara la tercera de Beethoven por una de esas casualidades de los momentos imprevistos, no le pillara con el ánimo cohibido, por lo menos con el ánimo—. Y no hace ni todavía el año, el cincuenta y siete por ciento de la población dijo que sí, que querían república para acompañarla a la salud. Ya conoces la expresión, Salud y República. Ante una mayoría tan estable no son recomendables precipitaciones alocadas sin que estén de antemano condenadas a la reprobación popular e institucional. Matizo esto porque entiendo que has venido a sondear mi posición actual y la del Ejército. Y a mí también me jode, si como intuyo buscas conocer mi opinión. Me jode decía, que quinientos años de dinastías consolidadas, especialmente la borbónica, se hayan ido por el desagüe de la Historia con tan sólo un plebiscito que ha resuelto una mayoría que no sabría decir el nombre de tres reyes ni menos el de un presidente de república distinto al payaso de Fernando de Olivares.

Rafael fue levantando progresivamente la voz hasta acabar en un do sostenido y sostenedor de esa nostalgia que suele acompañar a los descorazonados cuando beben de más y aman de menos, especialmente a sí mismos.

Felizia irguió su mentón de hacha en una apuesta por conservar el porte aquel que pretendía regio y que tanto ensayara ante su colección de espejos amaestrados. No quería dejarse contagiar por el catastrofismo sentimentaloides de aquel general con las estrellas sin helio. El orujo, del que acabó por recetarse el quinto al amparo de que no había quinto malo ni alcohol que no cauterizara, le vinculaba a la vez con una mayor hondura de pensamiento y con un ridículo de manos y de piernas. Las primeras, por hacerlas revolotear con el gracejo de los primeros astures y las segundas, de junco ya, por acomodarlas y desacomodarlas sin objeto, casi compulsivamente, quizá en una intentona por hallar una postura sugerente que ya no estaba en su repertorio. En las rodillas, le destacaba sobremanera el pellejo propio de quien frisa los cincuenta y nunca se ha excedido con un plato de fabada.

—Querido Rafael, esa mayoría no es tal. Olvidas la abstención, un treinta por ciento de pasotas o díscolos no se pronunciaron en la consulta. Significa esto que sólo dos de cada cinco españolitos y españolitas manifestaron, explícitamente, su cochina voluntad republicana —el orujo retorció igualmente las consonantes fricativas que Felizita Gorritz se empeñaba en retener—. ¿Nunca os vienen, testimoniales como os han vuelto, impulsos de reconquista o cuanto menos de pegar un puñetazo de aviso en alguna mesa con galones civiles? ¿Nunca conspiráis para devolveros si no un esplendor sí al menos una dignidad?

—¿Tú qué crees, criatura? Bueno, ya no tan criatura aunque sigas pareciéndolo —Rafael se sorprendió acortando la distancia entre ambos, sustituyendo una parte de su estereotipada seriedad por una tosquedad en el galanteo parecida a la que desple-

garía un pterodáctilo—. No sólo conspiramos a la hora del té sino que durante los últimos meses hemos ido más allá. Un par de manos de generales a los que conoces bien pero que ni siquiera el whisky me va a aflojar sus identidades ante ti, y algún que otro mando de menor rango pero de igual convicción, estamos consolidando un plan del que no te puedo dar más detalles que el de su existencia.

A Rafael Tornero y Martínez de Quesada también se le entreveraban las erres en la misma medida que se le idiotizaban las eses, porque aunque iba una consumición por detrás, dos ahora que veía de nuevo a Felizia derramar parecida cantidad de orujo que la que cabía en su shot chic hasta llenarlo, las suyas fueron más abundantes en el vaso a cada dosis. Porque él lo llamaba, simple, vulgarmente, vaso.

—Vaso, vaso, sólo vaso —exclamó en voz alta contemplándolo con admiración y para extrañeza de Felizia. Para anticiparse a su réplica, trató de taparle la boca con su mano libre de cristal. Conseguido el propósito último de su silencio, Rafael prosiguió con su efectismo.

—Así que quítale a Basilio por el momento esas ideas migratorias de acampar en otro hemisferio. Mantén las apariencias matrimoniales, no dejes mucho pienso en los comederos de Madrid para que gallinas y gallos puedan picotearte lo mínimo, sé discreta en tus amoríos y consiente, como ya haces, si los hubiere, los suyos. Mantened una imagen de corrección emocional en público, sonrío como te has enseñado, como solías cuando te vigilaban las cámaras y los paparazzis y aguarda acontecimientos. Por el momento es más de lo que te debería haber anticipado. El Borbón grandote sigue siendo la alternativa ejecutiva a nuestra intentona. Y tu marido podría tener un espacio reservado en un nuevo Gobierno. En cuanto a ti, debes aparentar que no te aburre ser su mujer si es que quieres disfrutar de alguna posibilidad de recuperar

esa primera fila de mujeres que no se conforman con su condición de floreros vintage.

Felizia asintió de mala gana porque no estaba domesticada para asentir sin replicar. Ni los muchos generales que la rodearon en su época ejerciente, ni los múltiples corsés que le impuso el protocolo, consiguieron domeñar la codicia de una hija de duque a la que su hermano mayor privó de su título por mera anticipación en el nacimiento. Felizia seguía sin aprender a acatar iniciativas ajenas ni a tolerar que la dejaran a medias. Ni en la cama ni en las primicias. Sin embargo, había ido aprendiendo a fuerza de desprecios. El pueblo la había deportado al quásar social de la indiferencia y la incombustible *Hola* hacía cuatro años que no se ocupaba de sus diseños.

—¿Cuánto tiempo prevés para llevar a término ese... plan? Podrías ser un poco más explícito —el habla le aparecía ahora lastimera a Felizia, premeditadamente lastimera, calibró el general al que esta actitud tan poco patriótica, tan mucho egoísta, le borró radiactivamente el poso de apetencia sexual hacia la hembra que se le desató en un momento de la conversación—. Se trata de mi futuro. De elegir si permanezco aquí, o si me mudo de continente o de marido, como tú. La vida no espera a los indecisos —manse-dumbre en la dicción, resolución en el mensaje—. Sí, Rafael, estás en tu derecho de clasificarme en la bandeja de las egoístas, pero ¿acaso crees que tu patria te devolverá el amor que le das?

—No, Felizia, no espero nada de nadie, menos de un ente geopolítico sujeto a la decisión de tantos millones de analfabetos. No espero ya nada de nadie, ni siquiera de mí mismo, pero hay un código de honor castrense imprimado en mis genes y no puedo sustraerme a él. Debe ser por su injerencia que consigue que ame más a mi país cuando menos lo merece.

La que fuera lideresa de consortes de un gobierno extinto se levantó, y tras un ligero traspies consecuencia del resalte de algu-

na colina de polvo, le depositó un único beso entre protocolario y razonable en la mejilla, pero más próximo al pómulo que a los labios.

Ya en la puerta, cerrada todavía para evitar exposiciones jugosas a vecinos sin oxígeno propio, se dijeron hasta pronto y alguna que otra coletilla de despedida.

Rafael insistió en sus recomendaciones de compostura. Felizia aborreció la palabra por desusada, compostura, qué carcamal. Pero ese desdén caprichoso todavía acertó a silenciarlo. Febril y desairada, enojada de más por el orujo pero consciente de que Rafael no merecía convertirse en su diana, exigiéndose un ejercicio supremo de justicia, le tomó brevemente una mano al general y le dio las gracias sin acabar de sentir la gratitud.